

EL SANTO RECHAZO DEL SISTEMA MUNDANO

Prueba 6: Sabemos que somos cristianos porque tenemos un creciente desprecio por el mundo y rechazamos todo lo que contradice y se opone a la naturaleza y voluntad de Dios

1 Juan 2:15–17

Escuela Dominical — Bautistas Históricos

Domingo 25 de enero de 2026

Texto Focal: «No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre» (1 Juan 2:15–17, RVR1960).

INTRODUCCIÓN

El apóstol Juan continúa proveyendo a los creyentes de pruebas objetivas mediante las cuales pueden examinar la autenticidad de su fe. Habiendo establecido en los versículos anteriores la prueba del amor fraternal, ahora presenta una prueba que toca directamente nuestra relación con el sistema presente: **el rechazo del mundo**. Esta prueba es particularmente penetrante porque expone las lealtades más profundas del corazón humano. No se puede servir a dos señores; o amamos a Dios o amamos al mundo.

El término «mundo» (en griego *kosmos*) en este contexto no se refiere a la creación material de Dios, la cual Él declaró «buena en gran manera» (Génesis 1:31), ni tampoco a la humanidad como objeto del amor redentor de Dios (Juan 3:16). Aquí «mundo» designa el sistema organizado de valores, prioridades, filosofías y placeres que opera en rebelión contra Dios y bajo el dominio del maligno (1 Juan 5:19).

El pastor bautista Charles Haddon Spurgeon predicó con urgencia profética: «El mundo es el gran enemigo del alma. No me refiero a las montañas, los ríos y los mares; estos son obra de Dios y declaran Su gloria. Me refiero a ese espíritu que anima a la sociedad humana caída, ese sistema de valores que pone al hombre en el centro y a Dios en la periferia, que busca el placer presente y desprecia la gloria futura, que vive para lo visible y niega lo invisible. Este mundo es el enemigo mortal de toda piedad genuina» (*The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, vol. 27, 1881, p. 145).

Pregunta Central: ¿Cómo pueden ustedes saber si verdaderamente pertenecen a Dios y no al sistema mundano que los rodea? ¿Qué evidencia objetiva demuestra que sus afectos han sido transformados y que ya no aman lo que el mundo ama?

Los cinco puntos principales de esta exposición son:

A. El mandamiento categórico: No améis al mundo (v. 15a)

B. La incompatibilidad absoluta: El amor al mundo excluye el amor al Padre (v. 15b)

C. La triple manifestación del sistema mundano: Deseos de la carne, deseos de los ojos y vanagloria de la vida (v. 16)

D. La naturaleza transitoria del mundo: El mundo pasa y sus deseos (v. 17a)

E. La permanencia eterna del creyente: El que hace la voluntad de Dios permanece para siempre (v. 17b)

A. EL MANDAMIENTO CATEGÓRICO: NO AMÉIS AL MUNDO (v. 15a)

Versículo clave: «No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo» (1 Juan 2:15a, RVR1960).

1. La naturaleza imperativa del mandamiento

El apóstol Juan comienza con un imperativo presente en forma negativa: «No améis» (en griego *mē agapate*). La construcción gramatical con *mē* más el imperativo presente indica la prohibición de una acción continua. Juan no está simplemente advirtiendo contra un acto aislado de mundanalidad; está prohibiendo una disposición habitual del corazón hacia el sistema mundano. Podríamos traducirlo: «Dejad de amar al mundo» o «No tengáis el hábito de amar al mundo».

El teólogo bautista John Gill comenta: «Este mandamiento no prohíbe el uso legítimo de las cosas de este mundo, ni el amor natural hacia nuestros semejantes, ni siquiera el aprecio por las bellezas de la creación. Lo que prohíbe es el amor desordenado, el afecto que coloca a las criaturas por encima del Creador, la devoción del corazón a lo temporal en detrimento de lo eterno» (*Exposition of the Entire Bible*, comentario sobre 1 Juan 2:15).

2. La definición bíblica de «mundo» (*kosmos*)

El término griego *kosmos* tiene múltiples significados en el Nuevo Testamento, y es crucial entender cuál aplica en este contexto:

(a) **El universo físico creado:** «En el principio creó Dios los cielos y la tierra» (Génesis 1:1). Este no es el sentido aquí, pues la creación material es buena.

(b) **La humanidad como objeto del amor de Dios:** «Porque de tal manera amó Dios al mundo» (Juan 3:16). Tampoco es este el sentido, pues debemos amar a nuestro prójimo.

(c) **El sistema organizado de rebelión contra Dios:** Este es el significado en nuestro texto. Se refiere a la cultura, los valores, las filosofías, las prioridades y los placeres que caracterizan a la humanidad caída en su oposición a Dios. El *kosmos* en este sentido es lo que Pablo llama «este presente siglo malo» (Gálatas 1:4).

El pastor valdense Henri Arnaud, quien lideró a su pueblo perseguido a través de los Alpes en 1689, escribió en su *Historia de los Valdenses*: «Nuestros padres aprendieron temprano que el mundo es enemigo de Dios. Los príncipes de este mundo nos persiguieron, las riquezas de este mundo nos fueron confiscadas, los honores de este mundo nos fueron negados. Pero en todo esto hallamos bendición, porque fuimos librados del amor al mundo y obligados a poner nuestro tesoro únicamente en el cielo».

3. «Ni las cosas que están en el mundo»

Juan amplía el mandamiento para incluir «las cosas que están en el mundo» (*ta en tō kosmō*). Esta frase no se refiere a objetos materiales en sí mismos, sino a todo aquello que el sistema mundano ofrece como sustituto de Dios: sus placeres, sus honores, sus riquezas, su sabiduría, su poder. Estas «cosas» serán detalladas en el versículo 16.

El profesor del seminario bautista A.T. Robertson observa en su *Word Pictures in the New Testament*: «Juan no es un asceta que condena la materia como mala. Las 'cosas del mundo' no son las criaturas de Dios sino los ídolos del corazón humano, las ofertas que Satanás presenta como alternativas a la

comunión con Dios. Son cosas buenas convertidas en dioses, dones del Creador elevados por encima del Dador».

4. La relación con la enseñanza de Cristo

Este mandamiento de Juan hace eco de las palabras de Jesús en Mateo 6:24: «Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas». La palabra «riquezas» traduce el arameo *mamōnas*, que representa todo lo que el mundo ofrece en oposición a Dios.

El pastor bautista John Bunyan ilustra este principio magistralmente en *El Progreso del Peregrino* (1678) cuando describe la Feria de Vanidad: «Esta feria no es algo nuevo; tiene una antigüedad de más de cinco mil años. Los peregrinos que pasan por ella deben atravesar la ciudad donde se celebra. El Príncipe de los príncipes, cuando pasó por esta ciudad, fue tentado por el señor de la feria a comprar sus vanidades. Pero Él no tenía interés en la mercancía y abandonó la ciudad sin gastar un solo centavo en sus ofertas».

Textos de apoyo:

Santiago 4:4: «¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios».

Romanos 12:2: «No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta».

Pregunta de transición: ¿Por qué es tan grave amar al mundo? ¿Qué consecuencia espiritual trae este amor desordenado? Juan responde con una declaración que no deja lugar a ambigüedades.

B. LA INCOMPATIBILIDAD ABSOLUTA: EL AMOR AL MUNDO EXCLUYE EL AMOR AL PADRE (v. 15b)

Versículo clave: «Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él» (1 Juan 2:15b, RVR1960).

1. La construcción condicional de primera clase

La frase «Si alguno ama al mundo» (*ean tis agapa ton kosmon*) utiliza una construcción condicional que en griego asume la realidad de la condición para propósitos argumentativos. Juan está diciendo: «Dado que hay personas que aman al mundo—y ciertamente las hay—sepan que en tales personas el amor del Padre no está presente». No es una posibilidad remota; es una realidad que Juan confronta directamente.

El teólogo bautista John Dagg enseñó con sabiduría: «El amor al mundo y el amor a Dios son mutuamente excluyentes, no porque Dios sea arbitrario en Sus demandas, sino porque el amor verdadero es por naturaleza exclusivo en su objeto supremo. Un corazón que ama al mundo como su bien supremo no puede simultáneamente amar a Dios como su bien supremo. Los afectos del corazón son limitados, y donde el mundo reina, Dios está destronado» (*Manual of Theology*, 1857, p. 234).

2. El significado de «el amor del Padre»

La expresión «el amor del Padre» (*hē agapē tou patros*) puede interpretarse de dos maneras gramaticalmente posibles:

(a) **Genitivo subjetivo:** El amor que el Padre tiene hacia nosotros. En este sentido, quien ama al mundo demuestra que nunca ha sido objeto del amor salvífico del Padre.

(b) **Genitivo objetivo:** El amor que nosotros tenemos hacia el Padre. En este sentido, quien ama al mundo demuestra que no tiene amor genuino hacia Dios.

Probablemente Juan tiene ambos sentidos en mente, pues en la teología joánica el amor de Dios hacia nosotros y nuestro amor hacia Él están inseparablemente unidos. No podemos amar a Dios a menos que Él nos haya amado primero (1 Juan 4:19), y si Él nos ha amado, inevitablemente le amaremos en respuesta.

3. La exclusividad del amor supremo

La declaración de Juan establece una antítesis absoluta: amor al mundo o amor al Padre, pero no ambos. Esto refleja el primer mandamiento: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas» (Deuteronomio 6:5). Un corazón entregado totalmente a Dios no tiene espacio para un amor rival.

El pastor y teólogo D. Martyn Lloyd-Jones predicó con claridad penetrante: «No existe tal cosa como un cristiano mundano en el sentido de alguien que genuinamente pertenece a Cristo pero cuyo corazón está enamorado del mundo. Tales personas pueden existir en los registros de las iglesias, pero no existen en el Libro de la Vida del Cordero. El amor al mundo es la marca de los hijos de desobediencia, no de los hijos de Dios. Si amamos al mundo, demostramos que nunca hemos nacido de nuevo, sin importar qué profesión hagamos» (*Life in Christ: Studies in 1 John*, 1974, p. 302).

4. La aplicación práctica del principio

Este principio de incompatibilidad nos llama a un autoexamen riguroso. ¿Dónde están nuestros afectos supremos? ¿Qué es lo que más anhelamos, lo que más nos entusiasma, lo que más tememos perder? Si nuestras respuestas honestas apuntan hacia las cosas de este mundo—dinero, posición social, comodidad, placer, aprobación humana—tenemos razón para temer que el amor del Padre no esté en nosotros.

El misionero bautista William Carey, primer misionero bautista en la India, demostró este principio en su vida. Siendo zapatero en Inglaterra, escribió a su padre: «Padre, me es imposible permanecer en este país ganando dinero cuando hay millones que perecen sin el evangelio. Las riquezas de este mundo no me atraen cuando las comparo con las riquezas de la gloria de Cristo. Me voy a la India, y si perezo allí, habré muerto haciendo la voluntad de mi Padre celestial» (Carta, 1793). Este es el corazón de alguien en quien el amor del Padre verdaderamente mora.

La Segunda Confesión Bautista de Londres de 1689, en su capítulo 2, párrafo 2, declara: «Dios, teniendo en sí mismo y de sí mismo toda vida, gloria, bondad y bienaventuranza, es todo suficiente en sí mismo, y respecto de sí mismo, y no tiene necesidad de ninguna de las criaturas que ha hecho, ni puede derivar de ellas gloria alguna, sino que solamente manifiesta su propia gloria en ellas, por ellas, hacia ellas y sobre ellas».

Textos de apoyo:

Mateo 6:21: «Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón».

Colosenses 3:1–2: «Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra».

Pregunta de transición: ¿Cómo se manifiesta concretamente este sistema mundano? ¿Cuáles son sus ofertas específicas que compiten por nuestro afecto? Juan procede a desglosar el mundo en tres categorías que abarcan la totalidad de sus tentaciones.

C. LA TRIPLE MANIFESTACIÓN DEL SISTEMA MUNDANO: DESEOS DE LA CARNE, DESEOS DE LOS OJOS Y VANAGLORIA DE LA VIDA (v. 16)

Versículo clave: «Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo» (1 Juan 2:16, RVR1960).

1. La estructura del versículo

Juan presenta una taxonomía completa de las tentaciones mundanas en tres categorías que, juntas, abarcan «todo lo que hay en el mundo» (*pan to en tō kosmō*). Esta trilogía de pecados no es exhaustiva en sus detalles, pero sí comprensiva en su alcance. Toda tentación mundana puede clasificarse bajo una de estas tres rúbricas, o como combinación de ellas.

Es notable que esta misma trilogía aparece en la tentación original en el Edén. Génesis 3:6 registra: «Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer [deseos de la carne], y que era agradable a los ojos [deseos de los ojos], y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría [vanagloria de la vida]; y tomó de su fruto, y comió». También en las tentaciones de Cristo en el desierto (Mateo 4:1–11) vemos estas mismas categorías: convertir piedras en pan (carne), todos los reinos del mundo (ojos), arrojar del templo para demostrar poder (vanagloria).

2. «Los deseos de la carne» (*hē epithumia tēs sarkos*)

La primera categoría abarca todos los deseos desordenados que surgen de nuestra naturaleza física caída. El término «carne» (*sarx*) no se refiere simplemente al cuerpo material, sino a la naturaleza humana en su condición no regenerada, con todas sus inclinaciones pecaminosas. Los «deseos de la carne» incluyen:

- (a) **Los apetitos físicos desordenados:** glotonería, embriaguez, pereza, búsqueda obsesiva del confort.
- (b) **Los deseos sexuales ilícitos:** fornicación, adulterio, pornografía, toda expresión de la sexualidad fuera del diseño de Dios.
- (c) **Las pasiones emocionales descontroladas:** ira, amargura, envidia, ansiedad desmedida.

El pastor bautista Paul David Washer advierte: «Vivimos en una cultura que ha hecho de los deseos de la carne su religión. Se nos dice constantemente que merecemos satisfacer todos nuestros apetitos, que la negación de uno mismo es psicológicamente dañina, que la moderación es represión. Pero la Escritura enseña exactamente lo opuesto: la satisfacción de los deseos carnales conduce a la muerte espiritual, mientras que la mortificación de la carne por el Espíritu conduce a la vida» (*The Gospel's Power and Message*, 2012, p. 210).

3. «Los deseos de los ojos» (*hē epithumia tōn ophthalmōn*)

La segunda categoría se refiere a la codicia que entra por la vista, el deseo de poseer lo que vemos. Los ojos son la puerta principal por la cual las tentaciones mundanas acceden al corazón. Job declaró: «Hice pacto con mis ojos; ¿cómo, pues, había yo de mirar a una virgen?» (Job 31:1). Los «deseos de los ojos» incluyen:

- (a) **La avaricia material:** el deseo de poseer más y más bienes, la insatisfacción perpetua con lo que tenemos.
- (b) **La codicia estética:** la obsesión con la belleza física, la apariencia externa, las posesiones ostentosas.

(c) **El entretenimiento visual pecaminoso:** la exposición deliberada a imágenes que corrompen el alma.

El pastor bautista reformado Walter Chantry comenta: «Nunca en la historia humana los ojos han sido tan bombardeados con estímulos diseñados para provocar codicia. La publicidad, la televisión, el internet, las redes sociales—todos conspiran para hacernos desear lo que no tenemos y despreciar lo que Dios nos ha dado. El cristiano debe aprender a disciplinar sus ojos, porque lo que entra por ellos inevitablemente afecta el corazón» (*The Shadow of the Cross*, 1981, p. 178).

4. «La vanagloria de la vida» (*hē alazoneia tou biou*)

La tercera categoría es quizás la más sutil y peligrosa. El término griego *alazoneia* denota jactancia arrogante, pretensión orgullosa, la actitud del fanfarrón que se gloria en sus logros, posesiones o posición. El término *bios* (diferente de *zōē*) se refiere a los medios de vida, los recursos, el estilo de vida. La «vanagloria de la vida» incluye:

(a) **El orgullo de logros:** jactarse de títulos, premios, reconocimientos, éxitos profesionales.

(b) **El orgullo de posición:** glorificarse en el estatus social, las conexiones influyentes, el linaje familiar.

(c) **El orgullo de posesiones:** ostentar riquezas, propiedades, vehículos, ropa de marca.

(i) Este orgullo busca la admiración de los hombres más que la aprobación de Dios.

(ii) Olvida que todo lo que tenemos es prestado y será dejado atrás al morir.

(iii) Contradice directamente la enseñanza de Cristo sobre la humildad.

El pastor bautista Andrew Fuller escribió: «La vanagloria de la vida es el pecado de Satanás reproducido en el hombre. El diablo no cayó por glotonería ni por lujuria, sino por orgullo—el deseo de ser como Dios. Y este mismo veneno ha infectado a toda la raza humana. Buscamos gloria para nosotros mismos en lugar de darla a quien únicamente la merece. Esta es la raíz de todo pecado y la esencia del sistema mundano» (*The Gospel Worthy of All Acceptation*, 1785, capítulo 8).

5. «No proviene del Padre, sino del mundo»

Juan concluye el versículo con una declaración de origen: estas tres categorías de tentación «no proviene[n] del Padre, sino del mundo» (*ouk estin ek tou patros alla ek tou kosmou estin*). Esto es crucial: el mundo no ofrece nada genuinamente bueno que no pueda encontrarse en mayor medida y pureza en Dios. Lo que el mundo ofrece es una falsificación, una perversión de los dones legítimos del Creador.

El profesor del seminario bautista James Petigru Boyce enseñó: «El Padre celestial ha provisto todo lo que Sus hijos necesitan para su verdadera felicidad. El mundo no puede añadir nada a esta provisión; solo puede ofrecer sustitutos que prometen satisfacción pero entregan vacío. El pecado del amor al mundo consiste en preferir las sombras a la sustancia, las migajas del hijo pródigo al banquete del Padre» (*Abstract of Systematic Theology*, 1887, p. 312).

Textos de apoyo:

Gálatas 5:19–21: «Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios».

Eclesiastés 5:10: «El que ama el dinero, no se saciará de dinero; y el que ama el mucho tener, no sacará fruto. También esto es vanidad».

Pregunta de transición: Habiendo visto la naturaleza del sistema mundano, ¿cuál es su destino final? ¿Qué le espera a este mundo y a todos los que le han entregado su amor? Juan presenta ahora un contraste escatológico definitivo.

D. LA NATURALEZA TRANSITORIA DEL MUNDO: EL MUNDO PASA Y SUS DESEOS (v. 17a)

Versículo clave: «Y el mundo pasa, y sus deseos» (1 Juan 2:17a, RVR1960).

1. El verbo «pasa» (*paragetai*)

El verbo griego *paragetai* es un presente medio/pasivo que indica un proceso en curso. No dice que el mundo «pasará» (futuro) sino que «está pasando» (presente continuo). El mundo ya está en proceso de desvanecimiento; su disolución ya ha comenzado. Para los que tienen ojos espirituales, la transitoriedad del sistema mundano es evidente aquí y ahora.

Este mismo verbo se usa en 1 Corintios 7:31: «Y los que disfrutan de este mundo, como si no lo disfrutasen; porque la apariencia de este mundo se pasa». La palabra traducida «apariencia» es *schēma*, que denota la forma externa, la configuración presente. Pablo está diciendo que la configuración actual del mundo está en proceso de transformación radical.

El pastor bautista C.H. Spurgeon predicó: «El mundo está muriendo. Desde el momento en que Adán pecó, la sentencia de muerte se ejecuta progresivamente sobre todo el sistema creado. Las flores se marchitan, los imperios caen, las civilizaciones se desmoronan. Lo que hoy parece tan sólido, mañana será polvo. ¿Y nosotros hemos de entregar nuestros corazones a lo que está en proceso de descomposición? ¡Qué necedad infinita!» (*The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, vol. 33, 1887, p. 267).

2. «Y sus deseos»

No solo el mundo pasa, sino también «sus deseos» (*kai hē epithumia autou*). Esto añade una dimensión personal devastadora: los deseos que el mundo despierta en nosotros también pasarán sin cumplirse, dejando un vacío eterno. Quien vive para los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida, descubrirá que ha perseguido sombras que se desvanecen entre sus dedos.

El teólogo reformado Jonathan Edwards predicó en su famoso sermón sobre Eclesiastés 2:11: «He aquí la tragedia del amor al mundo: no solo es que las cosas del mundo perecen, sino que los deseos mismos que el mundo genera nunca pueden ser verdaderamente satisfechos, ni siquiera temporalmente. El alma fue creada para el Infinito; ninguna cosa finita puede llenarla. El hombre mundano está condenado a una doble miseria: sus objetos de deseo perecen, y aun mientras existen, no pueden satisfacer» (*Sermons and Discourses*, 1723-1729).

3. La evidencia histórica de la transitoriedad

La historia confirma abundantemente la verdad de este versículo. ¿Dónde está el Imperio Romano que parecía eterno? ¿Dónde están los faraones de Egipto con sus pirámides construidas para la eternidad? ¿Dónde están las fortunas de los magnates del pasado? Todos han pasado, y todo lo que construyeron está en ruinas o en museos.

El historiador y autor español César Vidal observa en su libro *Los primeros cristianos* (2022): «Los emperadores que persiguieron a la iglesia primitiva han sido olvidados por todos excepto los historiadores. Sus palacios son ruinas, sus estatuas están mutiladas en museos, sus descendientes se perdieron en la oscuridad de los siglos. Pero la iglesia que intentaron destruir permanece y se ha

multiplicado por toda la tierra. Esta es la ironía divina: lo que parecía permanente resultó transitorio, y lo que parecía frágil resultó eterno».

4. La insensatez del amor al mundo

A la luz de esta transitoriedad, el amor al mundo es suprema necesidad. ¿Qué sentido tiene invertir los afectos del corazón en lo que está en proceso de desvanecimiento? ¿Qué sabiduría hay en acumular tesoros que la polilla y el orín corrompen? (Mateo 6:19).

El pastor bautista John Bunyan describe en *La vida y muerte del señor Badman* (1680) el fin de un hombre mundano: «Murió como había vivido, aferrado a sus posesiones, mencionando sus negocios hasta el último aliento. Pero cuando su alma partió, ¿de qué le sirvieron sus graneros llenos, sus arcas repletas, sus tierras extensas? Se fue desnudo como había venido, llevando consigo únicamente sus pecados como equipaje para la eternidad».

Textos de apoyo:

1 Pedro 1:24–25: «Porque toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae; mas la palabra del Señor permanece para siempre».

2 Pedro 3:10: «Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas».

Pregunta de transición: Si el mundo y sus deseos pasan, ¿hay algo que permanezca? ¿Existe una inversión que no pierda su valor, un tesoro que no se corrompa? Juan concluye con la gloriosa alternativa al amor mundano.

E. LA PERMANENCIA ETERNA DEL CREYENTE: EL QUE HACE LA VOLUNTAD DE DIOS PERMANECE PARA SIEMPRE (v. 17b)

Versículo clave: «Pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre» (1 Juan 2:17b, RVR1960).

1. El contraste escatológico absoluto

Juan presenta un contraste tajante mediante la conjunción adversativa «pero» (*de*). Por un lado, el mundo y sus deseos están pasando; por otro, el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre. No hay punto medio: o participamos de la transitoriedad del mundo o de la permanencia de Dios. Nuestra elección de amor determina nuestro destino eterno.

El verbo «permanece» (*menei*) es el mismo término que Juan usa repetidamente para describir la relación del creyente con Dios (véase Juan 15:4–10; 1 Juan 2:6, 10, 14, 24, 27, 28; etc.). Quien permanece en Dios participa de la permanencia de Dios. Quien ama al mundo participa de la transitoriedad del mundo.

2. «El que hace la voluntad de Dios»

La expresión «el que hace la voluntad de Dios» (*ho poiōn to thelēma tou theou*) describe al verdadero creyente en términos de obediencia activa. No basta con conocer la voluntad de Dios, ni siquiera con aprobarla intelectualmente; hay que hacerla. Jesús enseñó: «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mateo 7:21).

Hacer la voluntad de Dios incluye:

(a) **Creer en Su Hijo Jesucristo:** «Esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna» (Juan 6:40).

(b) **Vivir en santificación:** «Pues la voluntad de Dios es vuestra santificación» (1 Tesalonicenses 4:3).

(c) **Dar gracias en todo:** «Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús» (1 Tesalonicenses 5:18).

(d) **Hacer el bien y callar la ignorancia de los hombres insensatos:** «Porque esta es la voluntad de Dios: que haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos» (1 Pedro 2:15).

El profesor del seminario bautista John Albert Broadus escribió en su obra *On the Preparation and Delivery of Sermons* (1870): «El predicador debe constantemente recordar a su congregación que la religión verdadera no es meramente un sistema de creencias, sino una vida de obediencia. El que hace la voluntad de Dios es aquel que ha sometido no solo su intelecto, sino su voluntad, sus afectos y sus acciones a la autoridad del Señor. Esta obediencia no es perfecta en esta vida, pero es real y progresiva».

3. «Permanece para siempre» (*menei eis ton aiōna*)

La promesa es gloriosa: quien hace la voluntad de Dios «permanece para siempre» (*menei eis ton aiōna*). La expresión *eis ton aiōna* significa literalmente «hacia la edad», denotando duración sin fin. Mientras el mundo se desvanece, el creyente permanece; mientras los deseos del mundo se frustran, el creyente obtiene lo que anhela; mientras los amadores del mundo perecen con lo que aman, el creyente vive eternamente con Aquel a quien ama.

Esta permanencia incluye:

(a) **Permanencia en la relación con Dios:** La comunión con el Padre nunca será interrumpida.

(b) **Permanencia en la identidad personal:** El creyente no se desvanece en la nada; su individualidad redimida perdura eternamente.

(c) **Permanencia en el gozo:** «En tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre» (Salmo 16:11).

(d) **Permanencia en las recompensas:** Lo que hacemos para la gloria de Dios produce fruto que permanece (Juan 15:16).

El pastor bautista Albert N. Martin predicó: «Aquí está el secreto de la verdadera sabiduría: invertir la vida en lo que permanece. El mundo llama sabio al que acumula riquezas percederas; Dios llama sabio al que acumula tesoros en los cielos. El mundo llama exitoso al que gana la aprobación de los hombres; Dios llama exitoso al que oye: 'Bien, buen siervo y fiel'. La perspectiva eterna transforma completamente nuestros valores» (*Sermon on 1 John 2:15-17*, Trinity Baptist Church, 1987).

4. La conexión con la vida eterna

Esta promesa de permanencia eterna está conectada con el don de la vida eterna que recibimos en Cristo. Juan escribió: «Y esta es la promesa que él nos hizo, la vida eterna» (1 Juan 2:25). La vida eterna no es simplemente duración sin fin; es una cualidad de vida—la vida de Dios mismo comunicada al creyente—que por su naturaleza es imperecedera.

La Segunda Confesión Bautista de Londres de 1689, en su capítulo 31, párrafo 1, sobre el estado del hombre después de la muerte, declara: «Los cuerpos de los hombres después de la muerte vuelven al polvo y ven la corrupción, pero sus almas, que ni mueren ni duermen, teniendo una subsistencia inmortal,

inmediatamente vuelven a Dios que las dio. Las almas de los justos, siendo entonces hechas perfectas en santidad, son recibidas en los cielos más altos, donde contemplan la faz de Dios en luz y gloria, esperando la plena redención de sus cuerpos».

Textos de apoyo:

Daniel 12:3: «Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad».

Juan 6:27: «Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará; porque a éste señaló Dios el Padre».

2 Corintios 4:18: «No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas».

APLICACIÓN PRÁCTICA: ¿CÓMO ESTO IMPACTA NUESTRA VIDA CRISTIANA HOY?

Al concluir esta exposición, debemos aplicar estas verdades eternas a nuestra situación concreta como Bautistas Históricos en Chile en el año 2026. ¿Qué significa rechazar el sistema mundano en nuestro contexto particular?

1. El autoexamen de nuestros afectos

Debemos hacernos preguntas honestas: ¿Qué es lo que más ocupa mis pensamientos cuando estoy libre de obligaciones? ¿Qué me produce mayor gozo: la comunión con Dios o los placeres que el mundo ofrece? ¿Qué me causa mayor dolor: ofender a Dios o perder las comodidades materiales? Las respuestas a estas preguntas revelan dónde están verdaderamente nuestros afectos.

2. La identificación de ídolos específicos

El sistema mundano se manifiesta de formas específicas en cada cultura y época. En Chile hoy, los ídolos pueden incluir: el éxito económico como medida del valor personal, el entretenimiento constante como escape de la realidad, la aprobación social en redes sociales, el consumismo que define la identidad por las posesiones, el hedonismo sexual promovido por la cultura, y el nacionalismo o el partidismo político que compite con la lealtad a Cristo. Debemos identificar cuáles de estos ídolos tienen mayor poder sobre nuestros corazones.

3. La práctica de la mortificación

El rechazo del mundo no es pasivo; requiere acción deliberada. Pablo exhorta: «Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría» (Colosenses 3:5). La mortificación incluye evitar las ocasiones de tentación, disciplinar el uso de la tecnología, practicar el ayuno de placeres legítimos para fortalecer el dominio propio, y cultivar la comunión con creyentes que compartan estos valores.

4. El cultivo de los afectos celestiales

No basta con rechazar el mundo; debemos cultivar el amor positivo hacia Dios y Su reino. Esto se logra mediante la meditación en las Escrituras, la oración ferviente, la adoración comunitaria, el servicio a los santos, y la reflexión constante en las realidades eternas. Cuanto más contemplamos la gloria de Dios, menos atractivo nos resulta el brillo falso del mundo.

5. La inversión en lo eterno

Si el mundo pasa pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre, la sabiduría dicta que invirtamos nuestras vidas en lo que permanece. Esto incluye: dar generosamente para la obra del evangelio, invertir tiempo en discipular a otros, usar nuestros dones para la edificación de la iglesia, criar hijos en el temor del Señor, y testificar de Cristo a los perdidos. Estas inversiones producen fruto que permanece cuando todo lo demás se haya desvanecido.

CONEXIÓN CON LAS PRUEBAS ANTERIOR Y SIGUIENTE

Las pruebas del verdadero creyente que el apóstol Juan presenta no son características aisladas que puedan existir independientemente unas de otras. Al igual que las Bienaventuranzas del Sermón del Monte describen rasgos integrales e inseparables del ciudadano del Reino, estas pruebas forman un tejido único de la vida regenerada. Un verdadero creyente no puede poseer una y carecer de otra; donde hay vida espiritual genuina, todas estas marcas estarán presentes en alguna medida.

Conexión con la prueba anterior — El amor fraternal (1 Juan 2:7–11):

La semana pasada estudiamos que el verdadero creyente ama a sus hermanos en la fe, desea comunión con ellos y procura servirles en hechos y en verdad. Esta prueba está íntimamente conectada con el rechazo del mundo que hemos estudiado hoy. ¿Por qué? Porque el sistema mundano promueve exactamente lo opuesto al amor fraternal: promueve la competencia en lugar de la cooperación, la envidia en lugar del gozo por el bien ajeno, el individualismo en lugar de la comunidad, y el uso de los demás para beneficio propio en lugar del servicio sacrificial.

El que verdaderamente rechaza el sistema mundano inevitablemente amará a los hermanos, porque ha abandonado los valores mundanos que hacen imposible el amor genuino. Y el que verdaderamente ama a los hermanos demuestra que ha rechazado el mundo, porque el amor fraternal es precisamente lo que el mundo no puede producir ni comprender. El pastor bautista C.H. Spurgeon observó: «El amor a los santos y el desprecio del mundo son como las dos alas de un ave; sin ambas, el cristiano no puede elevarse hacia el cielo. Quien ama al mundo no puede amar verdaderamente a los hermanos, porque el espíritu del mundo es fundamentalmente egoísta. Y quien ama a los hermanos demuestra que el espíritu del mundo ha sido vencido en él» (*The Sword and the Trowel*, 1875).

Conexión con la prueba siguiente — La perseverancia en la sana doctrina frente a los anticristos (1 Juan 2:18–27):

La próxima semana, si Dios lo permite, estudiaremos la séptima prueba del verdadero creyente: la perseverancia en la verdad apostólica y el rechazo de las enseñanzas de los anticristos. Juan escribirá: «Hijitos, ya es el último tiempo; y según vosotros oísteis que el anticristo viene, así ahora han surgido muchos anticristos; por esto conocemos que es el último tiempo. Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros» (1 Juan 2:18–19).

¿Qué tiene que ver el rechazo del mundo con la perseverancia doctrinal? Todo. Los falsos maestros que Juan combate ofrecían precisamente lo que el mundo ofrece: sabiduría humana que halaga el orgullo, libertinaje que satisface la carne, y novedad que entretiene los ojos. El que ha aprendido a rechazar las ofertas del mundo estará preparado para rechazar también las ofertas de los falsos maestros, porque ambas provienen de la misma fuente satánica. Como veremos, los que abandonaron la fe «salieron de nosotros» precisamente porque amaban al mundo más que a la verdad.

El teólogo bautista John Gill conectó estas pruebas sabiamente: «El amor al mundo es la puerta por donde entran todas las herejías. Los hombres abandonan la sana doctrina porque esta les resulta incómoda, porque no satisface sus deseos carnales, porque no les otorga la gloria que anhelan. Por eso el apóstol, habiendo advertido contra el amor al mundo, procede inmediatamente a advertir contra los anticristos. El corazón que ha sido vaciado del amor mundano está fortalecido contra el engaño doctrinal» (*Exposition of the Entire Bible*, comentario sobre 1 Juan 2:18).

La unidad integral de las pruebas:

Es vital que comprendamos esta interconexión. Nadie puede decir: «Yo rechazo el mundo, pero no me importa la comunión con los hermanos». Nadie puede afirmar: «Yo amo a los hermanos, pero también amo los placeres mundanos». Nadie puede sostener: «Yo rechazo el mundo y amo a los hermanos, pero acepto doctrinas contrarias a la enseñanza apostólica». Donde una prueba está genuinamente presente, las demás también lo estarán. Donde una está ausente, debemos cuestionar si las otras son genuinas.

Esta es la naturaleza de la vida espiritual: es una vida, no una colección de partes. Así como la vida física se manifiesta simultáneamente en respiración, circulación, digestión y movimiento, la vida espiritual se manifiesta simultáneamente en obediencia, amor fraternal, rechazo del mundo, sana doctrina y todas las demás marcas que Juan presenta. Examinémonos, pues, no en una sola prueba, sino en todas, para que nuestra seguridad de salvación descansa sobre fundamento sólido.

CONCLUSIÓN

La sexta prueba del verdadero creyente es clara y solemne: **Sabemos que somos cristianos porque tenemos un creciente desprecio por el mundo y rechazamos todo lo que contradice y se opone a la naturaleza y voluntad de Dios.** El amor al mundo y el amor al Padre son mutuamente excluyentes; no podemos servir a dos señores.

El sistema mundano se manifiesta en tres categorías que abarcan todas sus tentaciones: los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida. Ninguna de estas cosas proviene del Padre; todas son ofertas del enemigo diseñadas para alejarnos de Dios.

Pero la motivación más poderosa para rechazar el mundo no es el temor, sino la esperanza. El mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre. ¿Por qué aferrarnos a lo que se desvanece cuando podemos poseer lo eterno? ¿Por qué invertir en lo temporal cuando podemos acumular tesoros en los cielos?

Si este estudio ha revelado mundanalidad en nuestros corazones, no nos desesperemos, pero tampoco lo minimicemos. Acudamos a Cristo, quien venció al mundo (Juan 16:33) y puede darnos victoria sobre él. Confesemos nuestros ídolos, renunciemos a ellos, y pidamos al Espíritu Santo que inflame nuestros corazones con un amor mayor por el Padre celestial.

Que el Señor nos conceda la gracia de vivir como peregrinos y extranjeros en este mundo (1 Pedro 2:11), con nuestros ojos fijos en la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios (Hebreos 11:10).

«No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él» (1 Juan 2:15).

PREGUNTAS PARA REFLEXIÓN GRUPAL

1. ¿Cuáles de las tres categorías de tentación mundana (deseos de la carne, deseos de los ojos, vanagloria de la vida) representan la mayor lucha en sus vidas personales?
2. ¿Cómo pueden ustedes distinguir entre el uso legítimo de las cosas de este mundo y el amor pecaminoso hacia ellas?
3. ¿Qué ídolos específicos de la cultura chilena contemporánea representan el mayor peligro para la iglesia hoy?
4. ¿Qué prácticas concretas les han ayudado a cultivar el amor por Dios y disminuir el amor por el mundo?
5. ¿Cómo puede nuestra congregación ayudarse mutuamente a mantener una perspectiva eterna en medio de las presiones mundanas?

Recomendaciones para leer:

Primera recomendación (la más apropiada):

El Progreso del Peregrino de John **Bunyan** — Especialmente la sección de la **Feria de Vanidad** es una alegoría magistral del sistema mundano y sus tentaciones. Bunyan era bautista y esta obra ha edificado a creyentes por casi 350 años. Hay ediciones en español de Editorial CLIE.

Otras excelentes opciones:

1. *La vida y muerte del señor Badman* de John **Bunyan** — Retrata la vida de un hombre mundano desde su juventud hasta su muerte. Es el reverso de *El Progreso del Peregrino*: muestra adónde lleva el amor al mundo.
2. *La Mortificación del Pecado* de John **Owen** — Aunque Owen era puritano congregacionalista, es ampliamente apreciado en círculos bautistas reformados. Trata directamente cómo mortificar los deseos de la carne.
3. *Mundanalidad: Resistiendo la Seducción de un Mundo Caído* editado por C.J. **Mahaney** — Es más contemporáneo, con contribuciones de autores reformados bautistas, y aplica el tema a tentaciones actuales.

BIBLIOGRAFÍA

Arnaud, H. (1710). *Histoire de la glorieuse rentrée des Vaudois dans leurs vallées*. Cassel: Estienne.

Boyce, J. P. (1887). *Abstract of Systematic Theology*. Louisville, KY: Caperton & Cates.

Broadus, J. A. (1870). *On the Preparation and Delivery of Sermons*. New York, NY: Harper & Brothers.

- Bunyan, J. (1678). *El progreso del peregrino*. Londres: Nathaniel Ponder.
- Bunyan, J. (1680). *The Life and Death of Mr. Badman*. Londres: Nathaniel Ponder.
- Carey, W. (1793). Carta a su padre. Archivo personal.
- Chantry, W. (1981). *The Shadow of the Cross*. Carlisle, PA: Banner of Truth.
- Dagg, J. (1857). *Manual of Theology*. Charleston, SC: Southern Baptist Publication Society.
- Edwards, J. (1723-1729). *Sermons and Discourses*. New Haven, CT: Yale University Press (edición 1957).
- Fuller, A. (1785). *The Gospel Worthy of All Acceptation*. Northampton: T. Dicey.
- Gill, J. (1746-1763). *Exposition of the Entire Bible*. Londres.
- Lloyd-Jones, D. M. (1974). *Life in Christ: Studies in 1 John*. Wheaton, IL: Crossway Books.
- Martin, A. N. (1987). *Sermon on 1 John 2:15-17*. Sermón predicado en Trinity Baptist Church, Montville, NJ.
- Robertson, A. T. (1933). *Word Pictures in the New Testament*. Nashville, TN: Broadman Press.
- Segunda Confesión Bautista de Londres de 1689. (1677/1689). Londres.
- Spurgeon, C. H. (1881). *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, vol. 27. Londres: Passmore & Alabaster.
- Spurgeon, C. H. (1887). *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, vol. 33. Londres: Passmore & Alabaster.
- Vidal, C. (2022). *Los primeros cristianos: Un recuento bíblico e histórico*. Nashville, TN: HarperCollins Español.
- Washer, P. D. (2012). *The Gospel's Power and Message*. Grand Rapids, MI: Reformation Heritage Books.